

HERMANO MAR. UN PASEO A TRAVÉS DEL SISTEMA DE CREENCIAS POLINESIO

María de la Cerca González Enríquez

Desde que el hombre aprendió a vivir en sociedad su espíritu de superación frente a las otras especies animales le llevó a cuestionarse el mundo que le rodeaba. A partir de entonces un sin fin de preguntas sin respuesta sólo se vieron aclaradas gracias al mundo de la magia y a los sistemas de creencias que han existido desde los primeros tiempos. Respuestas sencillas dieron lugar a las primeras formas simples de sistemas religiosos tornándose más complejas según el grado de desarrollo de las sociedades que las creaban.

Las fuerzas de la naturaleza, los astros, la tierra, el agua y el fuego se convirtieron en seres sobrenaturales imposibles de dominar para el hombre. Fueron sacralizados con el fin de preservarse de ellos y en su entorno, surgieron los primeros rituales y ceremonias sagradas. El medio ambiente dónde se formaron las sociedades polinesias es un claro ejemplo de esta sacralización de lo natural. El Océano Pacífico, sus tempestades, su fauna y sus tierras hicieron desarrollar a sus habitantes un sistema religioso en claro equilibrio con las fuerzas de la naturaleza. Con el fin de aplacar sus iras, la clase sacerdotal inventó un elaborado sistema de rituales y ceremonias que contentaban a los dioses de un tierra rodeada de agua por todas partes y que convertían al Gran Océano en fuente de vida y de muerte al mismo tiempo. Sus dioses personificaban en sí mismos la dualidad bien/mal; de ellos los humanos obtenían el favor o el castigo, igual que el Océano que les condujo en su éxodo, desde las lejanas tierras del Sureste asiático, hasta las islas polinesias.

Los antepasados de los polinesios trajeron una herencia cultural de tradición neolítica bastante desarrollada. En el triángulo de las Tonga-Samoa-Fidji, constituyeron el núcleo de una de las Jefaturas más desarrolladas que han existido y lo que es más importante, alrededor de un hábitat muy limitado como es el oceánico. La falta de arcilla en los atolones e islas hicieron que abandonaran esta práctica tan determinante en el desarrollo de los pueblos; la domesticación de animales tampoco fue posible, al igual que una agricultura intensiva y extensiva. Esto les llevó a tener que desarrollar un sistema económico y de desarrollo muy simple aprovechando al máximo los recursos naturales de que disponían. Pero esta falta de recursos no les impidió desarrollar un sistema ideológico muy desarrollado basado en dos conceptos de claro origen polinesio, el **TAPU** y el **MANA**, que convendría explicar antes de desarrollar en profundidad el tema que nos ocupa.

La sociedad tradicional se caracterizaba por una fuerte estratificación. No hay que olvidar que es en las Jefaturas dónde aparecen las

clases sociales. En todos los archipiélagos polinesios existía una fuerte estratificación social que marcaba las pautas en las relaciones cotidianas de los isleños. Existía una clase socialmente superior, la aristocracia, apareciendo en algunas islas una familia real por encima de ella. Por debajo existían dos estamentos más, los libres y los esclavos.

Pues bien esta pirámide social veía legitimada sus posiciones más superiores, es decir, las de la realeza donde la hubiera y las de la aristocracia, por dos poderes sagrados, el Tapu y el Mana, quienes les equiparaban con los dioses, pues eran sus descendientes directos y por lo tanto, les rodeaban de prohibiciones mágicas para el común de los mortales tanto para con su persona como para con sus propiedades o pertenencias.

Estos términos polinesios, designan unas fuerzas impersonales muy extendidas en el mundo oceánico. El Mana es una fuerza impersonal y sobrenatural que en las creencias animistas se encuentra en todos los seres, personas o cosas, lo que las hace ser consideradas Tabú, término que indica las prohibiciones de orden mágico. Estos poderes sagrados que rodeaban a la familia real y a la aristocracia, se veían a menudo incrementados, como en Tonga, por la tradición que remontaba la genealogía real a la divinidad, pues los primeros reyes tonganos descendieron del cielo, circunstancia que junto con el tabú y el mana fomentaba su sacralidad y mantenía su separación con respecto al resto de la sociedad. De esta manera dos conceptos sagrados legitimaban leyes sociales creando las pautas de conducta que cada individuo debía seguir de acuerdo a su linaje de nacimiento, creándose el puente necesario entre lo sagrado y lo profano que aparece en todas las sociedades. Pero para ello, necesitaron crear unos especialistas religiosos a tiempo completo que se preocuparan de mantener, fomentar y alentar la comunicación con lo sagrado, apareciendo la clase sacerdotal tan vinculada en el mundo polinesio con la aristocracia y la realeza.

Los Tohungas o sacerdotes eran también los depositarios de las tradiciones mitológicas e históricas (1) y los interpretadores de presagios. Ocupaban una posición muy destacada dentro de la sociedad debido a su relación con lo divino, lo que les hacía disponer así mismo del tabú y del mana. Ello se materializaba en una indumentaria y adorno personal que, como en el caso de la aristocracia, se diferenciaba de la usada por el resto de la población siendo de su uso exclusivo. La elección del sacerdote recaía en la persona de un caudillo o pariente del mismo, y su cargo solía ser hereditario. En algunas islas los conocimientos sobrenaturales y medicinales recaían en la misma persona, pero en otras existían dos cargos bien diferenciados. Era el encargado de presidir los ritos funerarios. Debía velar porque el alma del difunto recorriera el camino hacia las divinidades sin encontrar ningún obstáculo. Esto lo realizaba por medio de cánticos y de plegarias, si bien sólo podía hacerlo delante de aquellos que hubieran estado a bien con los dioses en vida, absteniéndose de hacerlo con aquellos que se habían mantenido apartados, condenándolos a ser espíritus maléficos que vagaban por la noche en forma de espectros.

Partiendo de estos conceptos, la sociedad tradicional polinesia aunó dos formas de creencias religiosas que convivían armónicamente ocupando cada una su puesto dentro del sistema de creencias

¹ No hay que olvidar que cuando en la isla de Pascua se produjo el secuestro de la población para trabajar los campos de guano, en el S.XIX, murieron los sacerdotes desapareciendo con ellos la memoria histórica del pueblo pascuense, siendo uno de los motivos por los cuales nadie sabía leer las tablillas Rongo-rongo.

de la misma forma que en nuestra sociedad occidental, de clara tradición del catolicismo mediterráneo, lo forman la religión oficial y la popular.

La sociedad polinesia, al igual que sus vecinas oceánicas micronesia y melanesia, se basaba en unas creencias apoyadas en el animismo y en el culto a los antepasados. La creencia de que todo lo que se mueve tiene un alma se plasmaba en una profusión de espíritus, generalmente invisibles, pero que podían manifestarse a los hombres haciéndose presentes en ciertos elementos naturales como las piedras o los árboles. En la vecina Micronesia, estos recibían una atención privilegiada en sus mitos, sobre todo en las islas Gilbert, como centros de origen de la humanidad. De ellos, los más grandes eran los lugares preferidos por los ancianos, pues se veían próximos a convertirse en espíritus a los que se rendiría culto.

El culto a los antepasados, materializado en la conservación en las casas de la calavera de los mismos, fue sin duda la creencia más arraigada y extendida por todo el Pacífico, y que incluso ha pervivido hasta nuestros días a pesar de todos los siglos de evangelización a que se han visto sometidos los isleños. La dualidad bien/mal, tan manifiesta en las creencias animistas, se reflejaba en todos los aspectos de la vida cotidiana, existiendo mecanismos de protección contra el mal como son los amuletos, y desembocando directamente en el culto a los antepasados, de acuerdo a la suerte que corriera el alma del difunto una vez muerto el individuo y después de haberse separado del cuerpo. El espíritu del antepasado podía ser bienhechor u hostil para con el grupo de acuerdo a su conducta en vida o a su forma de muerte.

El saber acumulado en vida de los ancianos y el heredado de sus antepasados constituían los factores principales que inducían a considerar a los mayores como personas prontas a convertirse en espíritus, y por lo tanto a rodearlas de ciertas prerrogativas. A su muerte, se materializarían en los cráneos conservados en las casas y a los que acudirían los familiares ante cualquier necesidad o desgracia, puesto que a ellos se atribuía el poder de curación, la protección contra los huracanes y la abundancia en la recolección o la pesca. Los que se convertían en espíritus benéficos, salían al cuarto día de su muerte y erraban visibles por la tierra; los espíritus maléficos, aparecían por la noche sedientos de venganza, sin cabeza, asustando a la gente y acechando a los solitarios.

Una de las creencias que los misioneros no han podido erradicar del todo ha sido la de los espíritus de los muertos trágicamente. Se les describía como seres terroríficos a los que se les asignaba ciertos lugares de residencia, como playas, árboles y ríos. Representaban un peligro para las mujeres embarazadas y para los recién nacidos. Sus actos se confundían a veces con los de unos duendes que en las Hawaii aparecían representados como enanos que robaban a los niños encantándolos y matándolos.

Posiblemente todos estos espíritus puedan englobarse dentro de una misma categoría, condición que queda marcada como veíamos antes, de acuerdo a los tabúes infligidos en vida o a su tipo de muerte.

De esta forma, como ocurría en la apartada isla de Pascua, los Aku-Aku se clasificaban en varias categorías atendiendo a lo antes expuesto: los pecadores de grandes tabúes habitaban en sitios poco frecuentados y se aparecían de noche en los caminos adoptando formas terroríficas; los pecadores de tabúes menores, se asemejaban a los antiguos dioses tutelares, manes o lares, que protegían a la familia. Con la introducción del Cristianismo en los archipiélagos, la creencia en estos espíritus se transformó. Perdieron su categoría benéfica o jocosa, sobreviviendo tan solo la maléfica, transformándose en los Tatane o demonios hawaianos.

De todos los archipiélagos del Pacífico tan solo en Polinesia se superpuso a estas creencias la existencia de un panteón de dioses en el más perfecto estilo clásico. Las ideas cosmogónicas polinesias partían de un caos transformado en orden por la figura de un dios creador. A partir del mundo ya ordenado, aparecieron los seres humanos gracias a la unión del Cielo, RANGI, como elemento masculino, y a Tierra, PAPA, o elemento femenino. De ambos nacieron los principales dioses a los que se rendía culto, como TANGAROA, dios creador de los dioses y de los hombres; personificación de la fuerza creadora de lo bueno y de lo malo, dios del mar, de la luz y de la vida. Aparece representado sobre todo por una imaginería en bulto redondo, en madera, con figuras humanas emergiendo de todo su cuerpo. LONO, dios de la agricultura y de la paz. KU, dios de la guerra y de las luchas intergrupales (2). Además de estos dioses mayores existían patrones profesionales de carpinteros, constructores de canoas etc... .

El culto a estas divinidades que, por supuesto no eran las únicas ni tenían la misma categoría (3), se realizaba en recintos especiales, los MARAE, lugares sagrados a modo de plataformas pétreas donde solían sacrificar víctimas humanas y cuyo acceso estaba prohibido a las mujeres. Su camino de acceso estaba flanqueado por estatuas, los TIKIS, realizadas en madera o piedra. Dichas estatuas no se consideraban divinidades en sí mismas, sino habitáculos temporales de las mismas. La mayor parte de dichas estatuas, como los Kii hawaianos, sólo podían ser venerados una vez que el Tohunga los había consagrado por medio de plegarias y sacrificios. El tamaño y la forma de la imaginería polinesia variaba mucho ya que dependía de su destino o utilización; así nos encontramos las grandes estatuas pétreas de los Marae y en el polo opuesto los pequeños ídolos de madera envueltos en trapos. La colocación estaba en función de la proximidad, es decir, se colocaban en los lugares donde su auxilio llegara antes: templos, encrucijadas de caminos, en las casas, como depositarios de los espíritus familiares etc...

Hemos visto cómo las creencias polinesias eran un reflejo del sistema social existiendo la misma jerarquía en lo divino que en la sociedad humana, y cómo el perfecto equilibrio con el medio ambiente donde desarrollaron su cultura les llevo a la creación de la sociedad compleja que los europeos de la Ilustración conocieron. la ruptura de este equilibrio llevada a cabo a raíz del proceso de cambio cultural que se ha producido en este siglo, ha supuesto la disolución de la sociedad tradicional y de su sistema de valores y creencias que no encuentran cabida ya en el mundo actual.

2 En las islas Hawaii, el carácter sagrado otorgado a la cabeza, hizo que se prestara especial importancia a las formas de elaboración de los cascos de los guerreros. Como bien explica A.Kaeppler (Kaeppler, a. 1993), los cascos representan la materialización de la complementariedad del pensamiento polinesio. Cabeza y espalda, partes sagradas del cuerpo, quedaban protegidas y representadas respectivamente de forma artificial por los penachos emplumados. la genealogía representada por la columna se asociaba al dios de la familia, Lono, y al estar expuesto en un casco bélico a Ku el dios de la guerra, obteniéndose así el equilibrio necesario

3 Sólo de Hiro, el dios del mar, se conocen aproximadamente unos veinte personajes sagrados.

- BARROW, T. (1979) *The art of Tahiti and the neighbour Society. Austral and Cook Island*. Tames and Hudson. London.
- BUCK, P. (1964) *Arts and crafts of Hawaii. XI Religion*. Bernice Bishop Museum special publication. Bishop Museum Press. Honolulu.
- ENGLERT, S. (1988) *La tierra de Hotu Matu'a*. Ed. Universitaria. Santiago de Chile.
- HYND, G. (1975) "Taotamona: a functional belief among the chamorro people". *GUAM RECORDER*. MARC. Univ. of Guam. Vol 5, n.º 2.
- HUERA, C. (1995) "Arte y cultura de los Mares del Sur". *ELS MOAI DE L'ILLA DE PASQUA*. Pag. 91-120. Fundació La Caixa. Barcelona.
- JOPPIEN, R. (1985) *The art of Captain Cook voyages*. Yale University Press and Australian Academy of the Humanities. London.
- KAEPLER, A. (1993) *L'art océanien. Citadelles et Macenod*. Paris.
- MASON, L. (1968) *Peoples and cultures of the Pacific*. American Museum of Natural History. The natural History Press. New York.
- VALLE, T. (1979) *Social and cultural change in the community of Umatac, Southern Guam*. MARC. Univ. of Guam .